

La intemperie como forma de lucidez

Entrevista con **Leandro Colmenares Rodríguez**,
egresado de Creación Literaria

¿Cuál fue el momento más decisivo en tu carrera en el que aplicaste algo aprendido en la Universidad Central?

En realidad, el momento más decisivo ocurrió fuera del aula. Ni siquiera dentro del edificio. Fue en una pausa de la clase de Lenguaje y Creación II con la maestra Ivonne Alonso. Salimos al andén. Un compañero sacó un mate. Alguien encendió un cigarrillo. Sin que nadie lo propusiera, formamos un círculo. El mate empezó a girar. También la palabra. No era una discusión ni una clase trasladada: era otra cosa. Cada quien hablaba y, sin saberlo, dejaba ver algo. La voz no se construye en la soledad; se desgasta y se afina en la relación, en el roce. Hablar sirve. Escuchar, más. Callar —de verdad— también. Desde entonces, cada vez que escribo o trabajo con otros, vuelvo a ese círculo en el andén. No como recuerdo, sino como una forma de no mentirme sobre lo que hago.

Si tuvieras que nombrar a un solo profesor o profesora que marcara tu manera de entender el oficio, ¿quién sería?

La pregunta es engañosa: nombrar a uno es dejar por fuera a otros. En mi caso, la escritura se armó más en las lecturas que en las clases. Por eso, más que quien explica, recuerdo a quien sabía señalar un libro en el momento justo. No como tarea, sino como una forma de decir: por aquí. Podría nombrar a Graciela Maglia, a Viviana Nieto, a Ivonne Alonso, a Alejandra Jaramillo. Si tengo que elegir, diría que Germán Gaviria Álvarez —quien detesta que lo llamen profesor— no

me dejó una frase ni una enseñanza clara, sino una forma de estar frente a la escritura: sin apuro, sin confianza, como si cada texto tuviera que empezar de nuevo. Es una compañía discreta. Pero aparece todos los días.

¿Qué error o fracaso profesional te resultó más formativo?

Uno de los errores más formativos fue creer que un texto estaba terminado solo porque había sido aprobado. Mi trabajo de grado pasó sin demasiada resistencia y en ese momento lo tomé como una señal de que iba bien. Después, ya fuera de la universidad y sin la presión de entregar nada, volví a ese texto. La distancia hizo evidente algo incómodo: estaba lejos de ser un trabajo logrado. Durante un año seguí escribiéndolo. No por obligación, sino porque ya no había a quién responderle. Ese fue el primer momento en que la escritura dejó de depender de una evaluación externa. La universidad no me preparó del todo para eso. Tal vez porque ninguna institución puede hacerlo. Pero sí dejó algo: el hábito de volver sobre lo escrito, incluso cuando ya no hay una nota en juego.

¿Qué vínculo humano nacido en la universidad se ha mantenido vivo?

Hace unos años coordiné un taller de escritura con adolescentes al que llamamos Bichos Raros. El nombre no era casual: venía de antes. En la universidad, en los pasillos y en las clases, empecé a reconocer un tipo de compañía que no se parecía a ninguna otra. No era afinidad ni amistad en el sentido habitual; era el reconocimiento de cierta incomodidad compartida. Éramos, de alguna forma, cuerpos fuera de lugar, cada uno a su manera. Con el tiempo entendí que ese vínculo no funciona como otros: no se sostiene en la frecuencia ni en la cercanía. Se parece más a lo que ocurre con algunos libros: uno los lee y percibe que no está solo en lo que vive, aunque no vuelva a abrirlos durante

años. Ese es el lugar que ocupan hoy mis compañeros de clase: no como presencia constante, sino como una forma de reconocimiento.

¿Qué emoción predomina cuando piensas en la universidad?

Estudí de noche. Salía del trabajo y entraba a clase de seis a diez. Con el tiempo entendí que la noche no es solo una hora: es otra forma de estar. Lo que recuerdo no es un edificio ni un aula, sino esa atmósfera: leer, escuchar, hablar, escribir mientras la ciudad seguía afuera, en la misma noche. No como contraste, sino como continuidad. La noche tenía su propia materia: el olor del café recalentado, el aire más frío, las voces más bajas. Había algo bello en eso. Y algo que no lo era. Pero no estaban separados. Cuando vuelvo ahí, no encuentro nostalgia. Encuentro esa misma intemperie.

¿Qué problema debería abordar la universidad con urgencia?

Tal vez el problema no sea uno visible. Tiene más que ver con un desgaste silencioso: una forma de tristeza que no siempre se nombra, pero que atraviesa la vida cotidiana. Vivimos en un tiempo donde la exposición es constante y, sin embargo, cada vez resulta más difícil sostener una experiencia con sentido. No sé si una universidad puede resolver eso. Pero sí podría hacer algo distinto: crear espacios donde no todo tenga que volverse inmediatamente útil, visible o evaluable. Lugares donde pensar no sea responder rápido, donde leer no sea acumular información. En la Universidad Central ya existen esos espacios —ciertos seminarios, ciertos talleres, ciertos pasillos donde todavía se permite la duda—. El reto sería que eso no fuera la excepción, sino el modo habitual.

¿Qué pregunta le dejarías a las próximas generaciones?

¿Van a salir de la universidad más capaces de vivir en este mundo... o más dispuestos a no aceptarlo del todo? Hay una presión silenciosa por volverse funcional, por encajar sin fricción. La educación puede terminar afinando eso: hacer más eficientes las respuestas. Pero también podría hacer otra cosa: incomodar, dejar una fisura. No para destruir nada, sino para sostener una mínima resistencia. Una negativa que no siempre se dice en voz alta, pero que impide aceptar el mundo como si fuera inevitable.

¿Una imagen que sintetice lo que significa haber sido parte de la Universidad Central?

Intemperie: no como carencia, sino como condición. Haber pasado por la universidad fue, en el fondo, darse cuenta de que no hay un lugar completamente a salvo. No por falla de las instituciones, sino porque nada lo está. La intemperie no es solo exposición; es también una forma de lucidez. Algo que incomoda, pero que al mismo tiempo impide acomodarse del todo. Con el tiempo uno deja de buscar resguardo en las ideas, en los títulos, en las certezas. Y, de algún modo, aprende a quedarse. No por valentía. Más bien porque en esa intemperie uno descubre que no está solo. Que hay otros que tampoco buscan resguardo, sino verdad. Y eso, aunque no resuelva nada, alcanza. ○

